

ct

La milonga del destierro y los días azules

de
Antonio Miguel Morales

(fragmento)

PERSONAJES

Antonio Machado

José Machado

Doña Ana Ruiz

Matea Monedero

Corpus Barga

*A mi amigo Alonso Amaya:
por la mar de razones, tanto en el teatro como en la vida.*

LA MILONGA DEL DESTIERRO.

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.
Antonio Machado.*

Cuadro 1

*Un viejo y cansado poeta lee el periódico en su escritorio.
Los aviones de guerra rugen en el cielo.
Las bombas suenan más cerca que lejos.*

La Voz

3 de noviembre de 1936

El momento crítico

Enero de 1939

*El poeta se levanta y se une a su familia, que camina bajo una tromba de agua.
El escritorio ya no está.
Matea zarandea a Antonio para salvarlo de su ensimismamiento.*

MATEA

¿En qué piensas, Antonio?

ANTONIO

En nuestra casa de Rocafort. Yo ya no estaba bien, pero disfrutaba escribiendo y leyendo.

¡Villa Amparo!

No podía tener mejor nombre.

Se canta lo que se pierde... Anda que es mentira.

Desde la torre de Villa Amparo, contemplando a un lado la huerta y al otro el mar, parecía que la guerra no había llegado a Valencia.

¡Cuán sigilosa es a veces la miseria de los hombres!

Incluso era posible en Villa Amparo encontrar redaños para escribir. Y mientras lo hacía podía contemplar las rosas del jardín.

¡Cuánta vida en ellas!

José y Matea se agarran de la mano.

Al hacerlo, sienten la sangre de sus hijas correr por sus venas.

ANTONIO

Ya mismo volveréis a verlas.

JOSÉ

Volveremos. Todos volveremos.

La tempestad arrecia.

Un ciprés, con su copa, roza el suelo.

DOÑA ANA

¡He perdido un zapato!

MATEA

No se preocupe. Tome usted los míos. Calzamos el mismo número.

Matea se descalza y le enfunda sus gastadas manolequinas a Doña Ana, no sin antes limpiarle los pies con un jirón que se arranca de su vestido deshilachado.

La ternura en ese momento se apodera de los charcos del suelo.

DOÑA ANA (al oído de Matea).

¿Sabes una cosa? He visto a Cipriana.

MATEA

¿A su suegra?

DOÑA ANA

No, a mi hija.

MATEA

No me asuste, mamita.

Hace mucho tiempo ya que ninguna de las dos pertenece a este mundo.

DOÑA ANA

¿Y yo?

Dime tú a qué mundo pertenezco yo.

Tan solo quiero estar en el sitio donde estén mis muertos, Matea.

¿Me llevaréis con ellos?

Una lechuza blanca se posa en un olivo.

Doña Ana y Matea miran hacia atrás.

José trae del brazo a Antonio, a quien el aire le pesa.

JOSÉ

Ya casi hemos llegado, Antonio.

ANTONIO

La República se ha ido y nadie sabe cómo ha sido.
Nos querían callados o muertos.

JOSÉ

Esta gente solo entiende la dialéctica de los puños y de las pistolas.

ANTONIO

Así es, Pepito. Pero se han encontrado con la horma del zapato. Somos muchos los escritores que sabemos que si no hacemos política hacemos esta guerra.
Y yo soy un viejo republicano para quien la voluntad del pueblo es sagrada.

Antonio se altera, y la tos le viene al cuerpo para robarle el poco aire que sus pulmones son capaces de albergar.

JOSÉ

Descansa un poco.

ANTONIO

Yo no debí salir de España, Pepito.
Al menos en Villa Amparo o en Torre Castaner podía consagrar el poco tiempo que me queda a mi obra.

JOSÉ

No digas tonterías. Venían a por ti, como ya han ido a por otros.
Ya estarías muerto.
Y quizás nosotros contigo.
Mira Federico, él tuvo menos suerte.
Ya hace dos años que le dieron el paseíllo...
Y habló menos que tú Federico...

ANTONIO

Recuerdo cuando lo conocí. Le temblaban las manos al piano del respeto que me tenía.
Fue en Baeza, en el Casino de Artesanos.
Todavía nadie lo conocía. Con sus compañeros de clase vino en viaje de estudios. Los trajo mi querido amigo, el profesor Martín Domínguez Berrueta.
Ya entonces de entre todos destacaba su luz.
Decía que era hijo mío y nieto de Rubén.
Entonces estudiaba Filosofía y Letras. Yo creo que ni siquiera sabía que iba a ser escritor.
Me pidieron que recitara y lo hice. Escogí *La tierra de Alvargonzález*, que tenía muy fresca.
Él mostraba su entusiasmo al piano.
Federico...
El crimen fue en Granada... en su Granada.

*José lo interrumpe.
Una sombra negra ha pasado delante de sus ojos.*

JOSÉ

No te conviene sufrir con los recuerdos. Bastante tenemos.

ANTONIO

Sería mejor que me quedase a morir en una cuneta.

Tengo la certeza de que el exilio significará para mí la muerte.

JOSÉ

Pues la moriremos contigo, Antonio.

La moriremos contigo.

ANTONIO

El destierro es una milonga, hermano.

Tiene ritmo lento y sirve de base a la mayor de las mentiras: nos vamos pensando en volver.

JOSÉ

Y volveremos.

ANTONIO

¿Lo ves, Pepito?

Sabes igual que yo que jamás volveremos.

Y lo que es peor, tengo la sensación de que jamás sentiremos que hemos llegado a ningún lugar.

Ya sé que lo haces por mi bien...

Pero no me cuentes milongas, que soy mayor que tú.

Y también creo que un poco más listo

Ambos sonrían

Alcanzan a Doña Ana y a Matea.

Los cuatro entrelazan sus brazos y avanzan con pesadumbre.

La lechuza los observa desde una rama alta.

De fondo suena una guitarra y alguien canta La milonga del destierro.

VOZ

La milonga del destierro

se canta de corazón,

pa que to el mundo se entere

lo que cuesta una traición.

La milonga del destierro:

te dicen que volverás.

Pero a veces las promesas

son migajitas de pan.

Tan lejos de tu apellido,

del abrazo acogedor.

Tan lejos y tan perdido

como un almendro sin flor.

Me voy lejos de mi tierra.
No digas que volveré.
La milonga del destierro
no me la voy a creer.

La milonga del destierro
se canta de corazón,
pa que to el mundo se entere
lo que cuesta una traición.

Cuadro 2

Se divisa el Puerto de Balitres.

Entre todas las personas que llegan a la frontera se encuentran el poeta don Antonio Machado; su madre, doña Ana Ruiz; su hermano, don José Machado y su cuñada doña Matea Monedero.

Caminan como si sus pies tuviesen la herencia del plomo.

De pronto Antonio imposita un gesto de alegría.

ANTONIO

¡Hemos llegado, madre!

DOÑA ANA

¡Sevilla!

¡Cuántas ganas tenía de volver a verte!

La lluvia no cesa de caer sobre ellos, calando hasta el último resquicio de esperanza.

Doña Ana se retira el cabello blanco de la sien con un gesto infantil.

ANTONIO

Madre, está usted hermosa con la plata acariciando su rostro.

DOÑA ANA

¡Ay hijo!

¿De veras lo dices?

Quiero que me vean bonita cuando entremos por Triana.

Doña Ana se pellizca las mejillas.

Su energía se vuelve adolescente.

ANTONIO

No hace falta que se pellizque. Su arrebol es natural.

Doña Ana acaricia el rostro de su hijo.

A lo lejos, un hombre corpulento los señala.

Se dirige a un comisario.

CORPUS BARGA

Regardez- le!

C'est Monsieur Machado!

Antonio Machado!

Ill arrive avec sa familie!

(¡Mírenlo!
 ¡Es Don Antonio Machado!
 ¡Don Antonio Machado!
 ¡Llega con su familia).

*Andrés García de Barga corre hacia ellos.
 Es un hombre vital.
 Abraza al poeta, quien, exhausto, apenas puede alzar los brazos para corresponder
 al calor ofrecido.
 Le da la mano a José y saluda a Doña Ana y a Matea.*

DOÑA ANA
 Parece que se alegra usted de vernos.
 ¿Nos conocemos?

JOSÉ
 ¡Es Andrés!
 ¡Nuestro amigo Corpus Barga, madre!
 Ha hecho el camino con nosotros, pero se adelantó para ir haciendo gestiones...

DOÑA ANA
 ¿Pero nos conocíamos de antes?

CORPUS BARGA (dirigiéndose a ella).
 Los visité cuando vivían en Madrid. En la calle General Arrando número 4. Todavía recuerdo la dirección. Me la aprendí de memoria para volver algún día a probar su delicioso puchero.

Todos ríen.

MATEA
 Qué bien nos vendría ahora un pucherito de aquellos...

*Matea se acerca a Doña Ana y la abraza.
 La risa y la lágrima comparten a veces la misma infinitud de un segundo.*

DOÑA ANA
 Pero es muy extraño. No le recuerdo, Matea.

MATEA
 Es normal mamita. Hace ya mucho tiempo de eso.
 Y por aquella casa pasaba tanta gente...

*Matea les hace un gesto para que cambien de tema.
 José se acerca y las abraza.
 Besa a Matea en los labios.
 Antonio se une a aquel abrazo familiar.
 De su bolsillo caen algunas migajas y un gorrión baja de una nube.*

Corpus Barga cobra alguna distancia para propiciar un momento de intimidad.

ANTONIO (señalando un promontorio del terreno)
Madre, siéntese un poco, que ya no va a crecer.

Doña Ana sonrío y asiente.

DOÑA ANA
(Dirigiéndose a Antonio).
Hijo, siéntate conmigo. Tú estás tan cansado como yo.

Antonio se sienta junto a su madre, no sin antes desprenderse de su gabán para cubrirle las piernas.

DOÑA ANA
Tú eres quien tiene que abrigarse. Toses mucho. La primera visita que hagamos en Sevilla va a ser al médico.

ANTONIO
No se preocupe.

Se empeña en darle abrigo.

Las prendas dan más calor cuando se comparten.

*Doña Ana reclina la cabeza en el pecho de Antonio y se rinde a un profundo sopor.
Antonio intenta evitar los accesos de tos para no desvelarla.
Acaba lográndolo.
Enciende un cigarrillo.
Matea, José y Corpus Barga conversan en coro.*

CORPUS BARGA
Pepe, tu madre se encuentra muy débil.
Debemos ser diligentes.

MATEA
Si le soy sincera, no sabría decirle quién se encuentra más débil, si mi suegra o mi cuñado...

CORPUS BARGA
Parece que la memoria comienza a fallarle.

MATEA
Hace tiempo que le falla, Andrés.

JOSÉ
Sin embargo, hay veces que tiene unos destellos de lucidez que nos dejan a todos boquiabiertos.

MATEA

A veces pienso que es mejor que viva en el limbo.
Cuando recuerda a sus nietas no puede parar de llorar.
Nunca he visto unas lágrimas tan grandes.
Parecieran de cera.

Matea se cubre la boca con las manos para que sus gemidos no asusten a los pájaros.

JOSÉ

Ojalá no se entere nunca de lo de Manuel.

MATEA

Lo de Manuel es mentira.

JOSÉ

Tú lo has oído en la radio tan bien como yo. Antonio está desolado, pero prefiere no hablar.
¡Una Oda a la sonrisa de Franco!
¡Por Dios!
¡Quién puede escribir una Oda a la sonrisa de Franco!

José da una patada a una piedra.

MATEA

No debes juzgarlo, Pepe. Tu hermano Manuel estaba en Burgos en el peor de los momentos. ¿Acaso sabes si no escribió con una pistola apuntándole la cabeza?
Estoy segura de que eso fue lo que ocurrió.
Le obligaron a escribirlo.

JOSÉ

Nadie puede obligarte a escribir.

MATEA

¿Qué harías si te ofrecieran salvar la vida de tus hijas a cambio de un retrato del Generalísimo?

*El silencio se instaura en las raíces de los pelos.
Corpus Barga deshace el entuerto.*

CORPUS BARGA

¡Qué difícil ha sido llegar hasta aquí!

JOSÉ

Algún día mi hermano escribirá la crónica del exilio. Mira, Andrés. Yo ya he comenzado a dibujarla.
Pienso que llegará el momento en que hablemos de todo esto que está pasando. Antonio dice que no; que en España no se dialoga porque nadie pregunta, como no sea para responderse a sí mismo.
Dice que todos queremos estar de vuelta sin haber ido antes a ninguna parte; que somos

esencialmente paletos.
De cada diez cabezas, nueve embisten y una piensa.
Eso no se cansa de decirlo.

*José extrae del bolsillo de su gabán un destartado cuaderno con las tapas de cartón humedecidas y un carboncillo.
Abre sus páginas y muestra sus dibujos a Corpus Barga.
Corpus Barga identifica uno de los lugares.*

CORPUS BARGA

¿Esto es la masía de Can Santa María, verdad?

JOSÉ

Sí. Allí estuvimos tres días hacinados como trapos viejos. Parece mentira cómo puede cambiar todo en cuestión de horas.

CORPUS BARGA

Todo volverá a su ser, Pepe.
Y podréis verlo con vuestros propios ojos.

Matea arranca a llorar.

MATEA

¿Y mis hijas?
¿Podrán verlo mis hijas?

*Matea enjuga sus lágrimas con el embozo de su vestido.
José la agarra por la cintura y la aprieta tanto que suenan campanas.*

JOSÉ

Claro que lo verán nuestras hijas.
Las tres lo verán: Carmen, María y Eulalia. Estarán bien, cariño.
No dudes que en Rusia las tratarán mejor que a nosotros en Francia. Y no pararemos hasta estar todos juntos.
Te juro por lo más sagrado, si es que queda algo sagrado, que jamás pararemos...

Matea se rehace y José sigue mostrando a Corpus Barga los dibujos.

CORPUS BARGA (Señalando el cuaderno).

Esa masía es la de Raset, ¿no?

JOSÉ

Sí. Cerca de Cerviá. Allí estuvimos tres días. Tú estuviste solo dos, ¿verdad?

CORPUS BARGA

Tuve que adelantarme...

JOSÉ

Al final el convoy pudo reanudar la marcha el día veintiséis. Hicimos parada en el Mas Faixat, aquí puedes verlo.

Matea pasa las páginas del cuaderno.

CORPUS BARGA

¿Junto a Figueras?

JOSÉ

Exacto. Pero de allí partimos inmediatamente.

El veintisiete, ya con noche cerrada, cruzamos Port Bou.

La lluvia calaba hasta los tuétanos.

MATEA

¡Cuánta fatiga! ¡Cuánta fatiga!

JOSÉ

Y de pronto, calados como estábamos, la caravana se detuvo. Los vehículos no podían avanzar con el barro.

En aquel momento todas las personas nos lanzamos a caminar apresuradamente. Dejamos los vehículos atrás porque nos acechaba el olor de la pólvora.

La tos del poeta los saca de la conversación.

Antonio se incorpora lentamente y se dirige a ellos apoyado en su bastón, un apéndice más de su cuerpo.

ANTONIO

Habría que buscar el equipaje perdido. Hay ropa de abrigo para madre.

JOSÉ

No te preocupes, Antonio. Nosotros lo haremos.

Corpus Barga observa a un comisario de policía que carga un haz de leña para la estufa en el puesto fronterizo.

CORPUS BARGA

(dirigiéndose a él en francés)

C'est Antonio Machado!

Le Paul Valéry de notre patrie!

Aidez- le et aidez sa famille, s'il vos plaît, aidez- les!

(¡Es Antonio Machado!

¡El Paul Valery de nuestra patria!

Por favor, ayúdenlo a él y a su familia.

¡Ayúdenlos!)

*El comisario sale del puesto.
Hace un gesto para que pasen.*

ANTONIO

Encontraremos la forma de agradecérselo.

CORPUS BARGA

Una vez dentro, bajaremos a Cerbère a buscar transporte.

El comisario mira a Doña Ana y le dice algo al oído a Corpus Barga para no ser oído por la marabunta de apátridas que se acerca.

CORPUS BARGA (en voz baja).

Dicen que ellos se encargarán de todo. Nosotros debemos esperar. Antonio, tú puedes ir de avanzadilla con Doña Ana.

ANTONIO

¿Cómo? ¿No entramos todos? ¡No creo que este sea el momento idóneo para separarnos!

CORPUS BARGA

Entraremos todos, no te preocupes.

*Agarra del brazo a Antonio y tira de él hacia el interior.
Doña Ana asiste impávida a la escena.*

Entraremos todos.

ANTONIO

No quiero privilegios. Todos pensamos que nuestra pena es mayor que la del prójimo. Recuerdo que mi abuela...

José lo interrumpe.

JOSÉ

Piensa en madre, Antonio. Piensa en madre.

Luego le cuentas a Andrés lo de la abuela.

Ahora hay que darse prisa.

CORPUS BARGA

Esperadnos en Cerbère, Antonio. Nosotros intentaremos resolver lo del equipaje.

*Antonio y José se abrazan.
Antonio toma a su madre de la mano y José a su esposa.
Antonio y Doña Ana sienten cerca el calor de la lumbre.
José, Matea y Corpus Barga los incitan a entrar y, aunque no lo saben, los tres están pensando si algún día volverán a España.*

DOÑA ANA

(Volviéndose hacia la cola de personas que esperan en la frontera)

Ya estamos cerca de Sevilla. Muy cerquita de Sevilla.

Se hace un profundo silencio que descorre las cortinas de los mapas políticos.

Antonio y Doña Ana pasan la frontera.

CORPUS BARGA

No os preocupéis. Pronto volveremos a verlos.

JOSÉ

¿Qué sucede?

MATEA

Esto no puede estar pasando, Andrés.

Los chóferes de las ambulancias nos abandonaron en medio de la tormenta, sin dinero ni equipaje.

Allí se quedó también el maletín de Antonio, con todos los papeles de Valencia y Barcelona.

Matea contiene el llanto.

Yo creía que mi cuñado y mi suegra iban a morir. Seguro que han cogido una pulmonía. ¿Y ahora no nos dejan entrar?

Matea mira a los guardias senegaleses que protegen la frontera: torres de ébano infranqueables, a prueba de tempestades y de éxodos.

MATEA

Pasaré al otro lado se ponga por medio quien se ponga.

CORPUS BARGA

Cálmate, Matea.

JOSÉ

Ellos no van a poder seguir solos, Andrés.

CORPUS BARGA

Tan solo es un chequeo. Pero vamos a pasar. No debéis preocuparos. Hice gestiones en España y saben quién es Antonio. Por eso ha pasado con Doña Ana sin problemas. Y por eso mismo estoy seguro de que a nosotros no nos pondrán pegas para expedirnos el visado.

JOSÉ

No debes sufrir tanto, Matea. Tendremos que esperar nuestra vez.

MATEA

Ha llegado a mis oídos que muchas familias están siendo separadas en campos de internamiento.

Los hombres a un lado y las mujeres a otro.

Las familias destrozadas...

JOSÉ

Al menos, gracias a Antonio, tenemos a gente que vela por nosotros.

MATEA

¿Tú crees?

Silencio.

CORPUS BARGA

¿Qué iba a contar Antonio de la abuela? Me hubiera gustado oírlo.

MATEA

Siempre cuenta la misma anécdota. Dice que estaba sentado con su abuela en un banco de la Plaza de la Magdalena dando buena cuenta de una caña dulce que tenía entre las manos. A lo lejos vio llegar a otro niño con su madre que también llevaba una caña de azúcar. Entonces le preguntó a su abuela, seguro de que su caña de azúcar era mayor que la de aquel niño.

La abuela lo contrarió.

Y él dice que nunca olvidará aquel suceso.

JOSÉ

Dice que todo lo que hay en él de reflexión o de fracaso se lo debe al recuerdo de aquella caña dulce... Nuestra abuela le preguntó que dónde tenía los ojos. Y Antoñito dice que desde entonces aquella pregunta lo ha estado rondando toda la vida.

CORPUS BARGA

¡Ha llegado nuestro turno!

Salen de escena y la multitud espera.

El éxodo no ha hecho más que comenzar.

Un niño, en la cola, se lleva a la boca un paladú.

Cuadro 3

28 de enero de 1939

En el interior de un vagón herrumbroso, abandonado en una vía muerta de una estación de cercanías, descansan el poeta Antonio Machado y su madre Doña Ana Ruiz. A la luz de un velón, sobre un viejo escritorio, el poeta escribe.

ANTONIO

Cuando alguien me preguntó, hace ya muchos años: - ¿Piensa usted que el poeta debe escribir para el pueblo, o permanecer encerrado en su *torre de marfil*- era el tópico al uso de aquellos días- consagrado a una actividad aristocrática en esferas de la cultura solo accesibles a una minoría selecta?, yo contesté con estas palabras, que a algunos parecieron un tanto ingenuas:

“Escribir para el pueblo- decía un maestro- ¡Qué más quisiera yo!” Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuánto pude, mucho menos – claro está- de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, escribir para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España; Shakespeare en Inglaterra; Tolstoi en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la suprema aspiración del poeta...

Para nosotros, la cultura ni proviene de energía que se degrada al propagarse, ni es caudal que se aminore al repartirse; su defensa, obra será de actividad generosa que lleva implícita las dos más hondas paradojas de la ética: sólo se pierde lo que se guarda, sólo se gana lo que se da.

Enseñad al que no sabe; despertad al dormido; llamad a la puerta de todos los corazones, de todas las conciencias...

Está amaneciendo. La luz que se cuele por los ventanucos desvela a Doña Ana, que zarandea a su hijo.

Antonio tose como si no hubiese mañana.

Despierta y el escritorio ya no está.

DOÑA ANA

Fue muy amable aquel joven al cedernos su automóvil. Y le sentaba tan bien el uniforme...

La tos del poeta se confunde con su risa.

ANTONIO

Madre, se le ha encendido una luz en los ojos...

Ahora es Doña Ana la que ríe con una risa menuda que acaricia el mundo.

De pronto algo la sorprende.

DOÑA ANA

¿Dónde están Pepe y Matea?

ANTONIO

Han ido a buscar el equipaje que perdimos, madre.

Ya mismo volverán con él y podrá ponerse ropa nueva.

DOÑA ANA

Estoy bien, hijo. Pero mi ropa es lo de menos.

Tus últimos poemas estarán allí también, ¿verdad?

ANTONIO

(Señalándose el corazón con el índice).

Mis últimos poemas están aquí.

DOÑA ANA

(Sonriendo y señalándose, como hizo su hijo, el corazón con el índice).

Entonces también están aquí hijo.

Aunque últimamente me cuesta mucho recordarlos.

Silencio.

No llegan Pepito y Matea.

ANTONIO

Estarán a punto.

DOÑA ANA

¿Pero dónde han ido?

ANTONIO

Ya se lo dije, madre.

DOÑA ANA

Es verdad, hijo.

Qué cabezotas nos volvemos al hacernos viejas.

Fueron a buscar tus poemas, ¿verdad?

ANTONIO

Sí, a buscar mis poemas.

DOÑA ANA

No te preocupes. Los encontrarán.

Y si no lo hacen tú los tienes ahí.

Doña Ana le señala el corazón con el índice.

Su hijo la abraza, abriéndose de pronto la candidez de la memoria.

Doña Ana tiembla.

ANTONIO
¿Tiene frío?

DOÑA ANA
Sí. Pero no te preocupes.
Tengo un truco para entrar en calor.

ANTONIO
¿Y se puede saber cuál es ese truco?

DOÑA ANA
Pues pienso en tu padre y me pongo flamenca.

Ambos ríen a carcajadas, cómplices del mundo, para dejar al silencio mudo.

DOÑA ANA
¡Cuánto disfrutaba tu padre con el flamenco!

ANTONIO
¡Y cuánto disfrutaba usted junto a él, madre!
Descanse un poco.

A Doña Ana comienza a venirle el llanto torrencialmente a los ojos.

DOÑA ANA
¡Cuánta falta nos hace tu padre!

ANTONIO
(Señalándose con el índice el corazón).
Él también está aquí, como nuestra poesía.

El poeta coloca su gabán sobre el suelo del vagón e invita a su madre a tumbarse sobre él.

ANTONIO
Descanse un poco más, madre.

DOÑA ANA
Pero si ya es casi de día, hijo.

ANTONIO
No refunfuñe. Le harán falta fuerzas para continuar dentro de un rato.

Doña Ana se tumba sobre el gabán en posición fetal, con los ojos muy abiertos.

*El poeta, con mucha dificultad, se sienta al lado.
Ella reclina la cabeza sobre sus piernas.
Al tiempo que su hijo recita unos versos, Doña Ana apaga sus párpados y tras este gesto la luz del amanecer parece hacerse más tenue.*

ANTONIO

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho- La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio- .

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

DOÑA ANA

¡Qué contento estaba tu padre el día que naciste!

ANTONIO

Como cuando nacimos todos, ¿no, madre?

DOÑA ANA

Más o menos. Pero aquel día fue algo especial.

ANTONIO

¿Algo especial?

DOÑA ANA

Sí, muy especial.

ANTONIO

Cuéntemelo.

DOÑA ANA

Pero si tienes que saberte la historia de memoria, de las veces que te la he contado.

ANTONIO

Pero hace tiempo que no me la cuenta.

DOÑA ANA

Pues nada, eso.

Que tu padre estaba empeñado en que nacieras el día que naciste. Desde la primera falta venía diciéndomelo.

Y así fue, hijo.

El testarudo de tu padre se salió con la suya.

Llegaste al mundo el día de mi santo, un 28 de julio con una calima que ya quisiéramos tener ahora.

De madrugada llegaste.

Y se salió con la suya.

El día de Santa Ana, con la velá en las puertas de la casa.

Triana se pone alegre cuando llega julio.

Y tu padre decía que naciste en buena hora, como el Cid. Que serías alguien en la vida.

Y vaya si acertó. Vaya si acertó.

Por eso te puso el nombre que te puso.

ANTONIO

¿Qué nombre...?

DOÑA ANA

Bien lo sabes.

ANTONIO

De verdad que no me acuerdo.

DOÑA ANA

Sí te acuerdas.

Gran pausa.

Cada uno espera que sea el otro el que hable.

ANTONIO

Ya está.

DOÑA ANA

¿Qué está?

ANTONIO

Lo que sucede es que la que no se acuerda es usted.

DOÑA ANA

Y que te crees tú eso.

ANTONIO

Reconózcalo...

DOÑA ANA

(atropelladamente) ¡Antonio Cipriano José María y Francisco de Santa Ana y de la Santísima Trinidad!

Las carcajadas vencen a la herrumbre.

¿Cómo podría olvidar el nombre de mi hijo?

Tras las risas, la inquietud de la ausencia vuelve a rondarlos.

Te pareces mucho a tu padre. Eres desaliñado como él. Y generoso. Tu padre no tiene nada suyo. Nunca le pagan y le da lo mismo. Yo algunas veces me enfado. No he visto a nadie que trabaje más horas que él. Dice que le gusta estudiar cómo habla el pueblo, porque sin gramática ni retórica habla mejor que nadie. Y se pasa las horas estudiando las coplas. Tú eres la rama, Antonio.

ANTONIO

¡Qué buena sombra daba!

“El pueblo es el verdadero poeta nacional”, decía.

Y a qué parte del pueblo se refería, me pregunto yo ahora. ¿A la que asesinó a Federico también se refería?

Los que asesinan a los poetas no pueden ser poetas.

Silencio.

DOÑA ANA

¿No vienen?

ANTONIO

Estarán al llegar...

Antonio mira a través del ventanuco del vagón abandonado.

ANTONIO

¡Cuántas criaturas!

DOÑA ANA

¿Qué dices, hijo?

ANTONIO

Que hay muchas criaturas cruzando el puente.

DOÑA ANA

¿Me prometes que lo pasaremos juntos?

O mejor tú primero, Antoñito.

Así yo no seré un lastre y tú podrás ir preparando el acomodo para los dos.

ANTONIO

Usted nunca será un lastre, madre.

¿Por qué dice eso?

DOÑA ANA

Porque ayer soñé que yo lo cruzaba primero.

Y me sentí muy mal por dejarte solo.

Tengo que cuidarte.

La obligación de los padres es cuidar de los hijos.

ANTONIO

Deje usted de preocuparse por mí, que después se inquieta y es malo para su salud...

DOÑA ANA

¿Y tu padre?

¿Cuándo va a volver ese hombre, por Dios? ¿Cuándo?

Voy a dormir un poco a ver si me despierto y ya está aquí.

Cuadro 4

Cuadro 5

*Llega Corpus Barga.
Entra de manera precipitada.
Habla atropelladamente.*

CORPUS BARGA

El tren no tardará en llegar. Aquí traigo los pasajes. Ya está todo arreglado.

JOSÉ

Llegaremos algo tarde para encontrar alojamiento.

CORPUS BARGA

Ya está todo hablado. Tenemos reserva en la pensión Bougnol- Quintana. Son buenas personas. Ayudan a los refugiados.

ANTONIO

No puedo imaginar a nadie en el mundo que no nos acogiera viendo de dónde venimos y en qué circunstancias llegamos.

¡Mira a mi madre!

Doña Ana duerme.

¿Hay alguien en el mundo que pueda negar el refugio a una anciana que huye de la guerra? ¿Hay alguien en el mundo que no se conmueva mirando nuestros rostros? Sin duda, creo en el hombre. Y Francia sabrá comprender la tragedia española.

MATEA

(sacudiéndole la camisa.)

Don Antonio “Manchado”...

Todos ríen

ANTONIO

Así me llamaban mis alumnos. No puedo evitarlo. La ceniza encuentra siempre su nido en mí.

Antonio enciende un cigarro. Su tos despierta al lucero del alba.

Llegué tarde a la poesía.

Llegué tarde al amor.

Y parece que llegaré tarde al exilio.

JOSÉ

Tú jamás has perdido el ánimo, Antonio...

ANTONIO

Ni lo voy a perder.

Pero lo que no puedo evitar es que mis pulmones se estrechen. Cada vez me cabe menos aire.

La brisa de Rocafort me sentaba tan bien...

Pero hay que acostumbrarse.

Lo que hay es lo que hay.

CORPUS BARGA

Y no debéis dudar. Encontraré toda la ayuda que sea necesaria.

ANTONIO

Debes saber que no aceptamos privilegios.

MATEA

Pero mis hijas, Antonio, mis hijas...

ANTONIO

Ya te he dicho que por tus hijas no debes preocuparte, Matea. Mis sobrinas ya han encontrado la protección que necesitaban.

Y no tardarás en abrazarlas.

En Francia estamos solo de paso.

Si los rumores son ciertos, el exilio ha de llevarnos más lejos de lo que pensamos. Y nuestro primer objetivo será agruparnos de nuevo.

Ahora están más seguras donde están.

De pronto, una niebla densa lo cubre todo.

A lo lejos se oye silbar un viejo tren.

CORPUS BARGA

Prepárense. Ha llegado el momento. Colliure nos recibirá con los brazos abiertos.

DOÑA ANA

¿No lo estáis oyendo?

¡Es el vaporcito del puerto!

¿Os cuento otra vez cómo conocí a vuestro padre?

ANTONIO

“Una tarde de sol, que yo he creído o he soñado recordar alguna vez”.

DOÑA ANA

¡Qué bien lo recuerdas todo, hijo mío! Una tarde de sol que tú creíste o soñaste recordar alguna vez.

Yo me asomé al puente porque vi que mucha gente miraba en la misma dirección. Y ya sabéis que siempre he sido muy curiosa... ¿Y qué es lo que vi? ¡Dos delfines! ¡Dos delfines en el Guadalquivir! Llegaron a Sevilla desde Sanlúcar. Habían confundido el río con la mar...

¡Pobrecillos!

JOSÉ

Y gracias a los delfines os conocisteis.

DOÑA ANA

Sí. ¡El también era muy curioso! Por eso estaba allí observando a los delfines. Vuestro padre y yo nos miramos y ya estaba todo dicho.

Yo nunca antes había visto delfines. Ni nunca después. Mi padre, que fue marinerito antes que pastelero, me había hablado de ellos. Decía que eran juguetones. Yo me los imaginaba, pero nunca los había visto.

Ni a los delfines ni a aquellos ojos grandes de vuestro padre.

Las vías, delante de ellos, trazan un sendero que va del horizonte al infinito.

José ayuda a su hermano a caminar.

Doña Ana no consigue levantarse del suelo. Corpus Barga la lleva en brazos.

MATEA

Suele ocurrir.

JOSÉ

¿Qué es lo que suele ocurrir?

MATEA

Muchas veces las personas confundimos nuestros trayectos. Pues lo mismo les ocurrió a aquellas pobres criaturitas de Dios.

¿Y que pasó al final con los delfines?

Silencio

ANTONIO

¡Qué importantes son los ríos en mi vida!

El Guadalquivir me dio la vida.

Y el Duero me dio el amor, que es la misma cosa...

Doña Ana lo interrumpe.

DOÑA ANA

¡Las habéis oído! ¡Las habéis tenido que oír!

MATEA

¿Qué es lo que hemos oído, mamita?

DOÑA ANA

¡Las campanas!

MATEA

¿Qué campanas?

DOÑA ANA

Las del Convento del Espíritu Santo.

¿Es que no las oyes?

¡Están sonando!

Las distinguiría entre un millón.

Ya queda poco, ¿verdad, hijo?

ANTONIO

Sí. Queda poco, madre.

Muy poco.

Ambos hermanos se abrazan

DOÑA ANA

¡Ya huele a hierbabuena!

¡Ya huele a hierbabuena!

MATEA

¿A hierbabuena?

José le hace un gesto de complicidad.

JOSÉ

Sí.

A mí también me ha llegado el olor.

A hierbabuena y a albahaca.

ANTONIO

Y a nardos y a claveles.

DOÑA ANA

¡Cómo se nota que estamos cerca de casa!

ANTONIO

Sí. Ya estamos muy cerca, madre.

Más cerca de lo que imagina.

Colliure se adivina en el horizonte.

Todavía algunos piensan que el exilio es un camino de vuelta.

Otros no pueden parar de pensar en los delfines

1. LOS DÍAS AZULES.

*Corazón, ayer sonoro,
¿ya no suena
Tu monedilla de oro?
Antonio Machado.*

Cuadro 1
Febrero de 1939

Cuadro 2
22 de febrero de 1939
Miércoles de ceniza

*Antonio duerme encorvado sobre la mesilla.
Despierta.
Busca colillas entre los restos de tabaco acumulados.
Encuentra una y la enciende.
Doña Ana respira como un pajarillo atrapado en los tejados de agosto.
Vuelve a quedarse dormido.*

Cuadro 3

*Doña Ana se levanta con dificultad.
Coge la camisa de Antonio.*

DOÑA ANA

Anda, hijo, tráeme la palangana llena.

JOSÉ

No se preocupe, madre. La va a lavar Matea.

DOÑA ANA

Quiero hacer algo por mi hijo antes de que se vaya.
Anda, trae la palangana.

JOSÉ

¿Y dónde va a ir?

Silencio.

DOÑA ANA

Tú lo sabes tan bien como yo, Pepe.

Y también sabes lo cabezota que soy, y que estoy dispuesta a vivir tanto como él. Anda, tráeme la palangana.

José sale.

Doña Ana se abraza a la camisa de Antonio.

La huele.

La observa al trasluz y tiene un pensamiento para cada mancha.

Llega José con la palangana.

JOSÉ

Ya tiene jabón.

Doña Ana pone todas sus fuerzas en lavar la camisa.

DOÑA ANA

Ayer tu hermano soñó en voz alta, Pepito.

JOSÉ

¿Y puso usted el oído, madre?

DOÑA ANA

¿Y tú qué crees? Pues claro.

Si incluso me despertó de lo fuerte que hablaba.
¡Decía no sé qué cosas del pájaro de la bola!

JOSÉ

(sonríe).

Ese nombre se lo inventó él, como tantos otros.

Recuerdo que nos subíamos por los cerros que había al final del paseo de la Castellana. Otras veces preferíamos ir a la Cañada de la Moncloa. Y allí escuchábamos un canto que no se podía oír en ningún otro lado. Él decía que sonaba como el ruido de una bola que tuviese dentro una chinita. Y por eso le puso ese nombre: el pájaro de la bola.

DOÑA ANA

Pues es ese pájaro el que ya lo está llamando.

Yo creo que también lo escuché debajo de la almohada.

JOSÉ

Qué cosas dice, madre.

¿Cómo iba a escucharlo si estaba en los sueños de Antoñito?

DOÑA ANA

No hay sueño de hijo donde una madre no pueda llegar.

Prométeme una cosa, Pepito.

JOSÉ

Dígame...

DOÑA ANA

Háblale de nosotros a las rosas del jardín.

JOSÉ

Sí, madre.

DOÑA ANA

No permitas que nadie las corte.

JOSÉ

Ahora ellas están mejor que nosotros...

DOÑA ANA

Pero tan lejos...

JOSÉ

Le prometo que las regaré con agua del Guadalquivir.

Algún día se bañarán en nuestro río.

DOÑA ANA

Gracias, hijo.

*Escurre la camisa.
La plancha con las manos, ajadas pero firmes.
La camisa resplandece.*

DOÑA ANA

Anda Pepito, tiéndela al aire, que hoy no llueve.
Pronto le va a hacer falta.
Tu hermano dice que cuando un hombre muere, con una sábana es suficiente para enterrarlo.
Pero una camisa limpia tampoco está de más.

JOSÉ

¡Madre! ¡No...!

*Doña Ana no lo deja acabar.
Con el índice sobre los labios le ordena que se calle.*

MADRE

Me voy a echar un poco a esperar que lleguen

JOSÉ

Pero esa es la cama de Antonio, madre.

MADRE

Esta noche espero visita. Es necesario que la reciba él primero.

JOSÉ

¿Pero qué dice?
¡No esperamos a nadie!

DOÑA ANA

Te estoy diciendo que esperamos visita.
Dile a Matea que te prepare la ropa.
Nosotros ya estamos listos.

JOSÉ

Descanse entonces.
Pero no se duerma muy profundo que ahora le traerán el almuerzo.

*José sale con la camisa en sus manos.
Doña Ana se hace una trenza, rehace la cama de Antonio, sacude su almohada y se acuesta en la cama de su hijo.
Al hacerlo, ella sabe que está cambiando el curso de los acontecimientos.
La luz se va.*

Cuadro 4

ESCENA FINAL